El aprecio que Vicente hacia del bien que causaban estos ejercicios, se los hizo considerar como el camino mas seguro de cuantos ha dejado Dios para llegar á la felicidad de su gloria, y el medio mas poderoso para detener á los hombres en la carrera de una vida estragada y para reformar los desórdenes de las malas costumbres, pues notaba que por medio de los ejercicios se producian conversiones mas frecuentes y mas prodigiosas, y por esto decia que era necesario un milagro para convertir á aquellos que no salian enmendados de los ejercicios. Oigamos sus palabras sobre este asunto.

«Demos mil y mil gracias á Dios, porque se ha dignado ele-«gir la casa de San Lázaro para hacer un teatro de su miseri-«cordia. Vienen aquí muchos de muy grandes distancias, no so-«lo para hacer una buena confesion general, sino tambien para «otros fines. Vienen algunos para resolverse á abrazar un esta-«do en el siglo y para hallar el modo de salvarse en él; otros, «teniendo inspiracion de dejar el mundo, se retiran aquí pa-«ra procurar conocer bien la divina voluntad; otros, recien con-«vertidos á la fe católica, desean instruirse en las cosas perte-«necientes á nuestra santa religion, y disponerse para la pri-«mera confesion y comunion. Aquí vienen muchos soldados pa-«ra arreglar sus cosas y limpiar sus almas antes de entrar en los «peligros de la guerra; concurren aquí muchos viejos para apa-«rejarse á la muerte: ¿y cuántos curas que tienen á su cargo las «almas, y otros eclesiásticos, no vemos venir de todas partes pa-«ra encaminarse al término de su perfeccion? ¡Oh señores, cuán-«tos bienes se derivan de estos santos ejercicios, si procuramos ha-«cer lo que nos toca con toda fidelidad! ¡De cuánto consuelo «sirve saber que hay en Paris un lugar abierto siempre para to-«dos los que se presenten con verdadero deseo de reconciliarse «con su Criador! Sirvamos, pues, á todos, no mirándolos solo «como á hombres, sino como á hombres enviados del Señor. No «hagamos distincion alguna de personas; estimemos tanto al po-«bre como al rico; ó mas al pobre que al rico, por ser el que «mas semejanza tiene con Jesucrito nuestro Señor mientras es-«tuvo en la tierra. Era esta casa en otro tiempo lugar en don-«de se recibian á los leprosos para curarse de su enfermedad, «y ninguno sanaba; ahora sirve para recibir á los pecadores cu-

«biertos de la lepra espiritual, y se esperimenta que, por la gra-«cia del Señor, muchos recobran la salud; ó digámoslo mejor, «muchos vienen muertos y vuelven resucitados. ¡Cuán afortu-«nados somos por ser la casa de San Lázaro el lugar de esta re-«surreccion! Cuatro dias estuvo muerto este santo, y salió del «sepulcro con perfecta vida; y el mismo Cristo que lo resucitó, «hace aquí á muchos la misma gracia, pues detenidos en los ejer-«cicios como Lázaro en el sepulcro, salen con una nueva vida. «¿Quién no se regocija por tan señalada misericordia? ¿Quién «no sentirá el corazon lleno de amor y agradecimiento á la bon-«dad divina por un bien tan grande? Supliquemos al Señor que «se digne conservar lo que con tanta liberalidad nos ha conce-«dido; que nos dé fuerzas para resistir á la inconstancia y re-«pugnancia naturales, y que no permita que por nuestro des-«cuido nos hagamos indignos de un favor tan singular."

Estas palabras de Vicente dan á conocer el grande aprecio que hacia de estos ejercicios y lo provechoso que generalmente son á toda clase de personas. No contento con que un bien tan particular lo disfrutasen solamente los hombres, dispuso que se comunicase tambien á las mugeres. Dió principio á esta obra en la casa de las hermanas de la Caridad, de que se hablará despues, donde eran recibidas por una piadosa muger animada del mismo espíritu de Vicente y adoctrinada por él en todo lo que en dichos ejercicios debia practicarse con cada una, segun su clase. Encomendóle entre otras cosas, que les hiciese tomar resoluciones particulares y ejercer determinados actos de virtud propios á su sexo y estado, para que despues pudiesen fácilmente practicarlos y poseer de este modo una sólida virtud.

CAPITULO XVII.

De los ejercicios de los ordenandos.

Los obispos zelosos de la honra de Dios y con el deseo de satisfacer las obligaciones de su oficio pastoral, se afligian sobrema-

nera considerando lo dificil que les era proveer los curatos con clérigos doctos y virtuosos, y no promover á los órdenes sacros mas que á los que tuviesen las necesarias disposiciones para tan sublime ministerio: temian tambien con razon echarse sobre sí el peso de la insuficiencia de los ministros, y tener que dar cuenta de los pecados agenos, si contra el precepto apostólico eran sobradamente fáciles en conceder tan suprema dignidad. El Illmo. Agustin Potier, prelado de rara virtud, era el mas cuidadoso; y sabiendo la ardiente caridad de Vicente y que la luz divina iluminaba su entendimiento, conferenciaba á menudo con él sobre estos asuntos y sobre los medios que se pudieran tomar para remediar de algun modo la relajacion del clero. En una de estas conferencias le dijo el siervo de Dios, que era cosa muy dificil reformar á los eclesiásticos cuando los vicios habian echado profundas raices en sus corazones, por lo que si pretendia con esperanzas de fruto la reforma en su obispado, debia aplicar el remedio al origen del mal, poniendo sumo cuidado en proveer en lo sucesivo las iglesias de buenos sacerdotes. Dióle para este efecto dos consejos prudentes: primero, no admitir á los órdenes sagrados mas que á aquellos en quienes se reuniesen la suficiencia y la buena vida á la verdadera vocacion. Segundo: Que estando ya aprobados y admitidos, cuidase de instruirlos á fondo en las funciones eclesiásticas, y animarlos á la práctica de las virtudes propias de su estado.

Recibió con mucho agrado el prelado estos consejos, y habiendo hecho sobre ellos maduras reflecciones, dijo un dia á Vicente, que le parecia conveniente llamar y reunir en el palacio episcopal á los que deseaban ordenarse, é instruirlos allí durante algunos dias en lo que estaban obligados á saber para la grandeza de su estado y en las virtudes que debian practicar para cumplir con su oficio. Aprobó Vicente este pensamiento que le pareció inspirado por Dios, y animó en la empresa al vigilante pastor, quien pidió al mismo Vicente que le auxiliase en ella yendo á acompañarlo quince ó veinte dias antes de los primeros órdenes que se habian de celebrar en Setiembre de 1628, y que se dedicase al estudio de las materias que se habian de tratar y del órden que se habia de observar en aquella junta, y con esto se despidió el santo prelado, volviendo á su iglesia á disponer

cuanto creyó necesario al buen éxito de tan importante empresa.

Convencido el siervo de Dios, como despues lo afirmó, de que nuestro Señor le llamaba para cooperar á esta obra, hizo con diligencia cuanto se le habia encargado, llevando en su ayuda dos sacerdotes, doctores de la Universidad de Paris. Llegó á Beauvais el dia destinado para comenzar la obra, inspirando un vivo fervor á los que se iban á ordenar, é instruyéndolos en las obligaciones de su estado. Entre otras cosas les esplicó el Decálogo, pero con tal devocion y claridad, que despertó en los oyentes el deseo de hacer con él una confesion general, y aun uno de los doctores que habian ido la hizo con el mismo Vicente, con gran edificacion de los ordenandos.

Continuó despues el prelado en los siguientes órdenes los ejercicios establecidos por Vicente, y habiendo venido despues de algun tiempo á Paris, hablando un dia con el arzobispo de esta ciudad, le contó la gran mudanza de costumbres que los ejercicios espirituales habian producido en el clero de su diócesis y el singular talento que Dios habia concedido á Vicente para tan importante funcion. El arzobispo que ya conocia por esperiencia las raras virtudes, y sobre todo, el infatigable zelo de nuestro buen sacerdote, fácilmente se persuadió de cuanto le decia el obispo de Beauvais, y movido por su ejemplo, dispuso que en su arzobispado se introdujese el uso de tan provechosos ejercicios, encargando la direccion de ellos á Vicente y su Congregacion.

En efecto, á principios de 1631 mandó por decreto, que diez dias antes de la celebracion de los órdenes, los que se hubiesen de ordenar en su diócesis, se retirasen en la casa de los padres de la mision, donde se les instruyese sobre las cualidades que exige la dignidad del sacerdocio, y pudiesen prepararse á recibirlo por medio de los ejercicios espirituales. Luego que llegó á noticia de Vicente lo que el arzobispo habia mandado, tuvo gran regocijo al ver que se principiaba lo que tanto habia deseado; y para dar cumplimiento á tan importante decreto, hizo preparar todo lo necesario para aquel retiro de los ordenandos, que comenzó en la cuaresma de aquel mismo año, en el colegio llamado de los Buenos Hijos, lugar en donde Vicente tenia entonces su Congregacion.

El fruto de estos ejercicios que al principio disfrutaban sola-

mente los eclesiásticos de la diócesis de Paris, por el cuidado de Vicente se estendió despues á los que iban de otras diócesis á recibir los órdenes sagrados, de modo que muchas veces pasaba de ciento el número de los ordenandos que se recibian y alimentaban á espensas de la casa. Verdad es que los primeros años la reina de Francia y otras damas de singular piedad, suministraron lo necesario para los gastos que se hacian, y aun dispusieron que se fabricase una casa particular para los ejercicios; mas con motivo de las calamidades públicas de aquel reino, cesaron los socorros, y gravitó todo el peso sobre el siempre robusto zelo de Vicente, quien continuó en la empresa con gran detrimento de su casa; pero manifestando tanta alegría con estas pérdidas, como pudiera el mas interesado con crecidas ganancias. Habiéndose, pues, divulgado por todo el reino el provecho que de estos ejercicios sacaban los que aspiraban á la dignidad sacerdotal, enviaron muchos obispos á pedir á Vicente sujetos que encaminasen tan santa obra en sus diócesis, escribiéndole repetidas cartas, en que le pintaban el estado de relajacion en que se hallaba su clero.

No se limitó á Francia empresa tan saludable para la Religion, pues en otros reinos se vieron á poco tiempo establecidos estos ejercicios para los que debian ser ministros del Señor. Teniendo noticia Alejandro VII del fruto que se sacaba de ellos, mandó por un breve espedido en 1662, que los que deseasen ser promovidos á los órdenes sagrados, tanto en Roma como en sus seis obispados sufragáneos, tuviesen, bajo pena de suspension, diez dias de ejercicios espirituales; y tan importante pareció á su Santidad la observancia de esta constitucion, que se reservó para sí y sus sucesores la autoridad de poder dispensar de ella. Tambien estimó en mucho estos ejercicios Clemente IX, sucesor de Alejandro, concediéndoles varias gracias, y manifestando siempre un afecto particular á la Congregacion de la Mision. Igualmente los han estimado mucho varios obispos y cardenales de la Iglesia, de los cuales algunos han asistido varias veces, y han hecho pláticas espirituales á los ordenandos, exhortándolos con la doctrina y animándolos con el ejemplo.

Pero para dar mejor á conocer la grande utilidad de estos ejercicios, me ha parecido conveniente referir lo que de ellos es-

cribe el Illmo. Sr. Antonio Godeau, obispo de Vence en Francia y varon célebre por su virtud y santidad. Dice este prelado en el tratado que publicó sobre los seminarios, al hablar de los primeros ejercicios que se hicieron en la casa de la Mision de Paris: «No puede esplicarse el fruto que produjeron estos ejercicios es-«pirituales, aunque fueron de corta duracion. Los que jamas «habian considerado la santidad del ministerio eclesiástico, cono-«cieron algunas verdades que enteramente ignoraban; y con-«vencidos de que se deben recibir los órdenes con una disposicion «pura y santa, muchos de ellos, ó mudaron de pensamiento, ó «por lo menos se detuvieron para entrar con mejores disposicio-«nes en un estado por tantos respectos formidable. La semilla «de piedad que en dichos ejercicios recibieron, echó raices en sus «corazones, y produjo á su tiempo frutos de tal bendicion, que «esparciendo por el mundo el buen olor de la vida, quedó cada «uno primeramente maravillado y despues edificado. A su ejem-«plo abrieron los ojos muchos eclesiásticos que vivian fuera de «camino y en grande olvido de sus obligaciones; mudaron estos «de costumbres, y en lo de adelante su primer cuidado era aten-«der á las obligaciones de su empleo, al adorno de las iglesias, á «consolar y visitar los enfermos en los hospitales, los presos en «las cárceles, y á enseñar la doctrina á los pobres, tanto en las «ciudades como en las aldeas."

La esperiencia ha calificado la importancia de estos ejercicios. Sirviendo para conocer la grandeza del estado eclesiástico y el cargo de esta dignidad, tan pesado que lo rehusaran los hombros de los mismos ángeles, se llega á estimar en lo que es, y no se menosprecia por la falta de conocimiento de su alteza. Formando pues, una verdadera idea de lo que es ser sacerdote, y de la santidad que exige la escelencia de este estado, los que entran á él se resuelven á vivir con mayor perfeccion y á edificar con el ejemplo de santas costumbres. Obsérvase tambien que conmovidos muchos con el conocimiento de estas verdades, han desistido del empeño de recibir los órdenes hasta examinar bien su vocacion y probarse á sí mismos; conducta tan importante, que si la observasen todos los que pretenden ser eclesiásticos, se verian en la Iglesia menos pero mejores sacerdotes.

De aquí nace el cuidado en la administracion de los sacra-